

Amigo joven:

Te escribo especialmente a ti que estás en un Movimiento Apostólico, estás en un equipo de pastoral, perteneces a un grupo parroquial, eres catequista, tal vez, o miembro de Cáritas, o de un voluntariado. Cristo, el Señor, te dice de verdad, mucho. Sé que te dice *todo*.

Hace unos días escribí unas líneas para introducir las reuniones que a muchos os prepararán para hacer el camino de Santiago, o para vivirlo sin recorrer las veredas que llevan hasta la tumba del Apóstol. Es impresionante que os recordéis el ir *"al encuentro de Cristo"*.

Sabes también que en el Plan Diocesano de Pastoral el recuerdo de los *jóvenes* es persistente, como es claro que, sin los jóvenes, es difícil llevar el Evangelio a los jóvenes. El Papa ha dicho que a los jóvenes los evangelizan los jóvenes, vosotros. Es el noble encargo que Cristo te confía.

No te moleste que te recuerde lo que bien sabes y vives. Lo valoro. Le doy gracias al Señor por los testimonios que en ti y en vosotros veo. Iba a decirte que me siento contento de todos vosotros. Y me alienta comprobar que la Confirmación a ti y a muchos os ha hecho de veras *"testigos de Jesucristo en la Iglesia y en el mundo"*.

Con la misma confianza déjame que te hable del Seminario, también de la vida religiosa, y te ruego que acepes mi preocupación seria y mi esperanza segura.

Sé que puedo hablarte con franqueza. Te propongo un camino de esfuerzo, de generosidad, de ilusión, de dar, de darte, de alegría honda, porque, piénsalo, *"hay más alegría en dar que en recibir"*. Si fuera amargar tus proyectos, créeme que no lo haría. Las propuestas de Cristo no son frustrantes, ni oscuras.

*¿Qué quieres ser? ¿Qué quiero ser?* Solemos preguntarte o cada uno de vosotros os preguntáis. Para un creyente joven esta pregunta no es del todo correcta. El proyecto de mi vida lo tiene Cristo y Él lo dibuja.

Es aleccionante la pregunta de Pablo, tumbado en el suelo, cegado de luz, a las puertas de Damasco: *¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres Tú, Jesús, que yo sea?* Esta es la pregunta clave, que exige sinceridad, un discernimiento sereno, y una respuesta coherente.

Los que hoy somos sacerdotes nos la hicimos. Y seguimos la dirección de esa voz amiga, que nos confiaba una tarea, contaba con nosotros, había pensado en nosotros, pronunció nuestro nombre concreto, que Él había escrito de su puño y letra. La vocación nace de Jesús. Y es un auténtico acontecimiento en la vida de cada uno. *¿Para qué me ha soñado el Señor?*

La historia de la Iglesia me hace pensar y tener la certeza de que la llamada al sacerdocio o a la vida religiosa hoy se sigue dando. Jesús sigue pasando cerca de los jóvenes creyentes, y alguno tiene que percibir y tener la seguridad moral de esta voz: *"Vente conmigo"*.

Por supuesto, te lo digo porque hacen falta a muy corto plazo sacerdotes enteros. Conoces, tal vez, algún seminarista y podrá decirte, junto a sus convicciones más personales, que faltan huecos por cubrir en las aulas del Seminario, en la capilla, en la convivencia amiga e ilusionada.

Pero he de confiar en el Señor y en la generosidad tuya. La pregunta te la hago pensando, sobre todo, en ti. Que veas tu vida como lo que es: *"vocación"*. No tu proyecto, sino el de Jesús sobre ti, y tú optas por ese proyecto y lo sigues fiándote de Él, que es amigo que no falla ni engaña.

He oído con frecuencia que a muchos asusta el *"para siempre"*. Es verdad que tiene una fuerte contestación en la cultura de lo provisional o fragmentado. Pero es verdad también que hoy es posible.

Posible, por la palabra de Jesús. Posible, por su presencia. Posible, por su amistad. Posible, por su testimonio. Posible, porque el Espíritu garantiza la fidelidad.

Es posible con oración, con esfuerzo gozoso, con la cercanía de otros caminantes en la misma senda, con la cercanía de la Iglesia y de la comunidad.

Es posible decírtelo con nuestro testimonio, pobre, si quieres, y a veces contradictorio. Muchos te decimos que es posible. *"No temas"*. Y éstas, otra vez, son palabras de Jesús.

He puesto afecto al escribirte estas líneas. Puedes leer trozos de mi propia experiencia, que es de muchos. No hablarte en estos términos me parecía ocultarte una buena noticia que yo recibí y que sentí confirmada, cuando tenía 17 años. Me ha costado, a veces, esfuerzo seguirla. Pero merece la pena.

Espero que sepas leerme, con toda la carga de confianza con que deseo que aciertes en el proyecto de tu vida. Me uno al deseo de Jesús y deseo tu felicidad y alegría.

Te he escrito pensando en tu amistad con Jesús, a quien has conocido. Repasando el Evangelio, caigo en la cuenta de que la onda de la vocación no conoce aduanas y barreras. Jesús se acercó a un *usurero* y lo llamó. Era Mateo. Y llamó a un *fundamentalista*, por así decirlo. Era Simón, el “*zelotes*”. Te he comentado la llamada de Pablo, un *perseguidor* de Cristo. A lo mejor para algún compañero, también alejado, tú puedes ser eco de la llamada. Siempre es verdad lo que dicen los evangelistas: “*Llamó a lo que Él quiso*”. Es un misterio la vocación.

Cuento con tu oración también. Y me alegraría conocer cómo ves tú este problema. Si te parece, podemos hablar. En todo caso le digo a Jesús, que te conoce personalmente, que siga junto a ti y camine contigo. Eres buen amigo de Él.

Y yo quiero serlo de Él y tuyo. Cordialmente,

+ Victorio Oliver Domingo